

donde se sigue que, de cualquiera manera que se las considere, son absurdas esas batallas grandiosas trabadas por la universal dominacion y por el sumo imperio, ahora sea uno el soberano, ahora dos los emperadores: en el primer caso, porque el que es uno, será perpétuamente solo; en el segundo, porque los dos no serán uno jamás, y serán dos perpétuamente. Esos combates gigantescos son de tal naturaleza, que ó están decididos antes de trabarse, ó no se deciden despues de trabados.

## CAPITULO V.

SECRETAS ANALOGÍAS ENTRE LAS PERTURBACIONES FÍSICAS Y LAS MORALES, DERIVADAS TODAS DE LA LIBERTAD HUMANA.

Hasta dónde hayan ido á parar los estragos de la culpa, y hasta qué punto se haya cambiado el semblante todo de la creacion con tan notable desvarío, es cosa sustraída á las humanas investigaciones; pero lo que está puesto fuera de toda duda, es que padecieron degradacion juntamente en Adan su espíritu y su carne, por orgulloso aquel y esta por concupiscente.

Siendo una misma la causa de la degradacion física y de la moral, entrambas ofrecen portentosas analogías y equivalencias en sus várias manifestaciones.

Ya dijimos que el pecado, causa primitiva de toda degradacion, no fué otra cosa sino un desórden; y como consistiese el órden en el perfecto equilibrio de todas las cosas criadas, y ese equilibrio en la subordinacion jerárquica que mantienen unas con otras, y en la absoluta que todas mantenian con su Criador, siguese de aquí que el pecado ó el desórden, que es una cosa misma, no consistió en otra cosa sino en la relajacion de esas subordinaciones jerárqui-

cas que tenían las cosas entre sí, y de la absoluta en que estaban respecto del Sér Supremo; ó lo que es lo mismo, en el quebrantamiento de aquel perfecto equilibrio y de aquella maravillosa trabazon en que fueron puestas todas las cosas. Y como quiera que los efectos son siempre análogos á sus causas, todos los efectos de la culpa vinieron á ser hasta cierto punto, lo que ellas, un desórden, una desunion, un desequilibrio. El pecado fué la desunion del hombre y de Dios. El pecado produjo un desórden moral y un desórden físico. El desórden moral consistió en la ignorancia del entendimiento y en la flaqueza de la voluntad: la ignorancia del entendimiento no fué otra cosa sino su desunion del entendimiento divino; la flaqueza de la voluntad estuvo en su desunion de la voluntad suprema. El desórden físico producido por el pecado consistió en la enfermedad y en la muerte: ahora bien, la enfermedad no es otra cosa sino el desórden, la desunion, el desequilibrio de las partes constitutivas de nuestro cuerpo; la muerte no es otra cosa sino esa misma desunion, ese mismo desórden, ese mismo desequilibrio, llevado hasta el último punto. Luego el desórden físico y moral, la ignorancia y la flaqueza de la voluntad, por una parte, y la enfermedad y la muerte, por otra, son una cosa misma.

Esto se verá más claro todavía, solo con considerar que todos estos desórdenes, así físicos como morales, toman una misma denominacion en el punto en donde nacen.

La concupsicencia de la carne y el orgullo del espíritu se llaman con un mismo nombre, el *pecado*: la desunion definitiva del alma y de Dios, y la del cuerpo y del alma, se llaman con un mismo nombre, la *muerte*.

Por donde sé ve que el vínculo entre lo físico y lo moral es tan estrecho, que solo en el medio puede observarse su diferencia, viniendo á ser una misma cosa en su fin y en su principio. ¿Y cómo habia de ser de otra manera, si así lo fisi-

eo como lo moral viene de Dios y acaba en Dios; si Dios está antes del pecado y despues de la muerte?

Por lo demás, esta estrechísima conexion entre lo moral y lo físico podria ser ignorada de la tierra, que es puramente corpórea, y de los ángeles, que son espíritus puros; pero ¿cómo ese misterio ha de ser una cosa escondida para el hombre, compuesto de un alma inmortal y de una materia corpórea, y que está puesto por Dios en la confluencia de dos mundos?

Ni paró aquí aquella gran perturbacion producida por el pecado; como quiera que no solo Adam quedó sujeto á la enfermedad y á la muerte, sino que tambien la tierra fué maldicida á causa de él y en su nombre.

Por lo que hace á esta tremenda y hasta cierto punto incomprendible maldicion, sin que sea visto que osemos penetrar en tan oscuros arcanos, y reconociendo como reconocemos que los juicios de Dios son tan secretos como maravillosas sus obras, parécenos, sin embargo, que una vez confesada en la teórica la relacion misteriosa que ha puesto Dios entre lo moral y lo físico, y una vez confesada en la práctica, por ser, si bien en cierta manera inexplicable, hasta cierto punto visible en el hombre, todo lo demás es ménos en este misterio profundo; como quiera que el misterio está en esa ley de relacion, más bien que en las aplicaciones que de ella puedan hacerse por vía de consecuencia.

Conviene notar aquí, para el esclarecimiento de esta materia escabrosa, y en comprobacion de cuanto llevamos dicho, que las cosas físicas no pueden considerarse como dotadas de una existencia independiente, como existiendo en sí, por sí y para sí, sino más bien como manifestaciones de las cosas espirituales, que son las únicas que tienen en sí mismas la razon de su existencia. Siendo Dios espíritu puro y principio y fin de todas las cosas, es claro que todas las cosas en su principio y en su fin son espirituales: siendo esto así, ó las

cosas físicas son vanas apariencias y no existen, ó si existen, existen por Dios y para Dios; lo cual quiere decir que existen por el espíritu y para el espíritu; de donde se infiere que siempre que haya una perturbacion, cualquiera que ella sea, en las regiones espirituales, ha de haber forzosamente otra análoga en las regiones corpóreas; no pudiendo concebirse que estén quietas las cosas mismas, cuando hay una perturbacion en lo que es principio y fin de todas las cosas.

La perturbacion, pues, producida por el pecado fué y debió de ser general, fué y debió de ser comun á las regiones altas y á las bajas, á las de todos los espíritus y á la de todos los cuerpos. El rostro de Dios, plácido antes y sereno, se conturbó con la ira; sus serafines mudaron de semblante, la tierra se cuajó de espinas y de abrojos, y se secaron sus plantas, y envejecieron sus árboles, y se agostaron sus yerbas, y dejaron de destilar licor suavísimo sus fuentes, y fué fertilísima en ponzoñas, y se vistió de bosques oscuros impenetrables, pavorosos; y se coronó de montes bravos, y hubo una zona tórrida y otra frigidísima, y fué consumida por el fuego y abrasada por la escarcha, y se levantaron en todos sus horizontes torbellinos impetuosos, y sus ámbitos fueron henchidos con el estruendo de los huracanes.

Puesto el hombre como en el centro de este desórden universal, á un tiempo obra suya y su castigo; desordenado él mismo más honda y radicalmente que el resto de la creacion, quedó expuesto, sin otra ayuda que la de la misericordia divina, á la impetuosa corriente de todos los dolores físicos y de todas las congojas morales. Su vida fué toda tentacion y batalla, ignorancia su sabiduría, su voluntad toda flaqueza, toda corrupcion su carne. Cada una de sus acciones estuvo acompañada de un arrepentimiento; cada uno de sus placeres fué seguido de un dejo amargo ó de un dolor agudísimo; cuantos fueron sus deseos, tantos fueron sus pesares; cuantas sus esperanzas, otras tantas sus ilusiones; y

cuantas sus ilusiones, otros tantos sus desengaños. Su memoria le sirvió de torcedor, su prevision de tormento; su imaginacion no le sirvió de otra cosa sino de echar franjas de púrpura y de oro sobre su desnudez y miseria (1). Ena-

(1) Hé aquí el curioso razonamiento que sobre este pasaje inserta el señor Gaduel:

«El santo Concilio de Trento dice que por el pecado original fué despojado el hombre de los dones sobrenaturales; pero que en cuanto á los naturales, fué solamente herido, quebrantado. El Sr. Donoso va mucho más allá: porque si la sabiduria del hombre pecador no es más que ignorancia, adios su luz natural; si su voluntad no es más que flaqueza, adios su fuerza moral natural; y por último, si cada una de sus acciones está acompañada de un arrepentimiento, entonces no hay acciones virtuosas del orden natural; y no hay acto ninguno que, sin la gracia, no sea pecado. ¡A dónde vamos á parar! Esto es anular no solamente la gracia sino tambien la naturaleza.»

El sentido de todas esas frases que tanto escandalizan al Sr. Gaduel, es el mismo que el de otras análogas de los teólogos y Santos Padres y escritores ascéticos, y aún de las Sagradas Escrituras. Véase entre otros, el siguiente pasaje de Bossuet: «¿Qué es nuestra vida, dice, sino un continuo extravío? ¿qué nuestras opiniones sino otros tantos errores? y ¿qué son nuestros caminos sino ignorancia?... Nunca me puedo fiar de solo mi razon humana, pues siendo tan variable y tan insegura, y cayendo tantas veces como cae en error, no puedo tomarla por único guía, sin exponerme á peligros manifiestos. Cuando considero en mí este mar turbulento, si así me es lícito llamar á la razon y á las opiniones humanas, imposible me es en espacio tan dilatado hallar asilo tan seguro ni retiro tan sosegado que no se haya hecho memorable por el naufragio de algun navegante famoso. Con razon se quejaba el pacientísimo Job, cuando al recordar la vehemencia de los dolores y las diversas calamidades que afligen la humana vida, lamenta con estas ó análogas frases nuestra misera ignorancia: Vosotros que atravesais el anchuroso mar, vosotros que nos traeis de lejanas tierras mercancías tan preciosas; decidnos si habeis averiguado por ventura, en vuestros largos y penosos viajes, ¿cuál es el lugar donde reside la inteligencia, y la dichosa comarca en donde se haya refugiado la sabiduría? ¿Unde sapientia venit et quis est locus intelligentiæ? En verdad, que ni los ojos de los mortales aciertan á verlas ni aún las aves del firmamento, ó sea los espíritus elevados, consi- guen contemplarla: Abscondita est ab oculis omnium viventium, volucres quoque cæli latet. La muerte y la corrupcion, es decir, la edad caduca, y la vejez decrepita, que agobiadas por el peso de los años parece estar asomada á la puerta del sepulcro; la muerte, digo, y la corrupcion nos están continuamente gritan-

morado del bien para el que habia nacido, echó por la senda del mal por donde habia entrado; necesitado de un Dios, cayó en los insondables abismos de todas las supersticiones; condenado á padecer, ¿quién será capaz de hacer el recuen-

do: Al cabo de largas inquisiciones y laboriosas experiencias, hemos oido como un confuso murmullo, que nada nos deja decir de cierto: *Perditio et mors dixerunt: auribus nostris audivimus famam ejus. (Job. XXVIII, 20, 21, 22)*... Es imposible que la profunda ceguedad reinante en las cosas humanas, no precipitase nuestros afectos en un desarreglo extraño; pues, así como el piloto á quien la tempestad y las tinieblas han quitado la luz de la razon al par de la de los astros, abandona el timon y deja la nave bogar á merced del mar y de los vientos; así tambien los hombres, perdida ya por sus errores la guía de los verdaderos principios, se han dejado arrastrar, á merced de sus locuras; cada cual ha erigido en ídolo sus deseos, y así las reglas de las costumbres han llegado á verse totalmente pervertidas.» (*Sermon para el Domingo de Quincuagésima. Sobre la ley de Dios*).

De resultas de nuestro pecado, nuestras inclinaciones naturales se dirigen á contrarios objetos; pues ciertamente la mayor parte de los hombres sigue su inclinacion natural; pero no es difícil ver que esto es lo que domina en el mundo. A primera vista parece que solamente reinan los sentidos y que la razon está como oprimida y aún estinguida, pues únicamente se la escucha cuando fomenta las pasiones; solo tenemos apego á las criaturas... Figuráos el hombre enfermo que poco há os describia; este hombre impotente para todo lo bueno y que nada tiene de suyo, dice el Concilio de Orange, *sino mentira y pecado.* (*Sermon de Pentecostés.*)

Así heridos el entendimiento y la voluntad, el uno por la ignorancia, la otra por su desarreglo; así heridas las dos principales potencias que rigen nuestras acciones, encuéntrase toda nuestra alma agitada, sumergida en el fondo de otra desgracia tan lamentable cual es una inconstancia perpétua y una inquietud dolorosísima. Corriendo voy errante en pos de cada uno de mis deseos, anhelando encontrar algo que me satisfaga; cada día formo nuevos propósitos esperando que los últimos han de colmar mis ansias; hasta que el escarmiento me dice cuán doloroso es mi engaño. De aquí la irregularidad de mi vida, de aquí el no tener nunca una norma determinada, de aquí la mezcla de diversas pretensiones y aventuras que todas dejan mis deseos frustrados. O yo las falté á ellas, ó ellas me faltaron á mí; yo las falté cuando no conseguí el fin que me proponia, ellas me han faltado cuando despues de conseguirlo que yo deseaba, no he podido hallar lo que me habia prometido. Así pues, continuaré viviendo sin esperanza alguna de ver mis inquietudes calmadas, hasta hallar, en fin, un objeto sólido que otorgue á

to de sus infortunios? Condenado á trabajar con fatiga, ¿quién sabe el guarismo de sus trabajos? Condenada su frente á perpétuo sudor, ¿quién llevará la cuenta de las gotas de sudor que han caido de su frente?

mis movimientos alguna consistencia por medio de una verdadera tranquilidad, y una luz que disipe mis errores, una norma que ordene mis desarreglos, un reposo donde concluyan mis inconstancias. Estas son, Dios mio, las tres cosas que me son necesarias, ¿dónde las encontraré? *Cogitavi vias meas.* La prudencia humana es siempre vacilante, las reglas de los hombres defectuosas, y los bienes del mundo no son duraderos; elévese, pues, mi espíritu á más altas regiones. En la ley de Dios, en su sacrosanta ley, es donde puede hallar el guía infalible, la regla segura, la paz inmutable.» (*Sermon de Quincuagésima antes citado*).

Se atreverá el Sr. Gaduel á expresarse en los siguientes terminos? Pero el Sr. Gaduel dice: «Si fuera de la ley de Dios, es decir, de la verdadera religion, de la ley sobrenatural, nuestra vida no es más que un continuo desvario, si nuestras opiniones son otros tantos errores, si nuestras vias no son sino ignorancia, si la sabiduria está oculta á los ojos de los vivientes, si aún los mismos espíritus elevados no pueden contemplarla, es decir que ya no hay luz natural en el hombre.»—«Si fuera de la ley de Dios no reinan más que los sentidos, si la razon está oprimida y amortiguada y no se la escucha sino en cuanto favorece las pasiones, si el hombre es impotente para todo bien, es decir que ya no hay en él fuerza moral natural.»—«Si fuera de la ley de Dios toda nuestra alma cae en una inquietud y una inconstancia perpétua, y vaga errante en pos de cada uno de sus deseos buscando algo que la satisfaga; si sus esperanzas las ve frustradas por do quiera; es decir que ya no hay virtudes naturales, sino que son pecados todas las acciones que la caridad no informa.»

Ciertamente, el Sr. Gaduel se avergonzaria de argumentar así contra Bossuet, y estoy seguro que si un tradicionalista lo hiciese, él mismo le diria que diese á las formas del lenguaje humano su valor propio, y no tomase en sentido lato y absoluto las expresiones que todos toman en sentido relativo y restringido. Las hipóboles enunciadas al decir que *las opiniones humanas son otros tantos errores, que el hombre es impotente para todo bien, que no halla nada que le satisfaga*, no significan en ningun idioma que el hombre sea incapaz de toda verdad, de toda virtud y de todo contento, á ménos que la índole del autor que las usa, su lógica y su sistema, no autoricen para tomarlas en tan absurdo sentido.

El Sr. Gaduel haria bien en aplicarse á sí mismo esta respuesta, tanto más cuanto aquellas palabras del Sr. Donoso *«cada una de sus acciones estuvo acompañada de un arrepentimiento»*, no son tan malsonantes como las de Bossuet cuando dice: *«El saber humano es ignorancia, la voluntad humana es flaqueza.»*

Pon al hombre tan alto como sea posible, ó tan bajo como quieras; en ninguna parte estará exento de aquella pena que nos vino de nuestro comun pecado. Si al que está en lo alto no le alcanza la injuria, le alcanza la envidia; si al que está bajo no le alcanza la envidia, le alcanza la injuria. ¿Dónde está la carne que no haya padecido dolor, y el espíritu que no haya padecido congojas? ¿Quién estuvo tan alto que no temiera caer? ¿Quién creyó tan firmemente en la constancia de la fortuna que no temiera sus reveses? Los hombres, en el nacer, en el vivir, en el morir, todos somos unos; porque todos somos culpables y todos somos penados.

Si el nacimiento, si la vida y si la muerte no son una pena, ¿en qué consiste que no nacemos, vivimos y morimos como todo lo demás que nace, vive y muere? ¿Por qué morimos llenos de terrores? ¿Por qué vivimos llenos de congojas? ¿Y por qué cuando nacemos, venimos al mundo con los brazos cruzados en el pecho en postura penitente? ¿Y por qué al abrir los ojos á la luz los abrimos al llanto, y nuestro primer saludo es un gemido?

Los hechos históricos vienen á confirmar los dogmas que acabamos de exponer y todas sus misteriosas consonancias. El Salvador del mundo, con edificacion y pavor profundísimo de los pocos justos que le seguian, y con escándalo de los doctores, borraba los pecados curando las enfermedades, y curaba las enfermedades absolviendo de los pecados; suprimiendo unas veces la causa por medio de la supresion de los efectos, y borrando otras los efectos por medio de la supresion de su causa. Como un paralítico se hubiese puesto en su presencia, en ocasion en que se hallaba rodeado de muchedumbre de doctores y fariseos, alzó la voz y le dijo: «Confía, hijo mio, yo te remito tus pecados.» Escandalizáronse en su corazon los que estaban allí presentes, pareciéndoles, por una parte, que la potestad de absolver era en

el Nazareno orgullo y locura; y por otra, que intentar sanar las enfermedades absolviendo de los pecados era una extravagancia: y como el Señor viese nacer en los corazones de aquellas gentes aquellos pensamientos culpables, añadió luego en seguida: «Y para que á todos sea notorio que el Hijo del hombre tiene en la tierra la potestad de remitir los pecados, levántate, yo te lo ordeno; lleva contigo tu lecho, y vuelve á tu casa»: y así fué hecho como lo dijo; con lo cual vino á demostrar que la potestad de curar y la de absolver son una potestad misma, y que el pecado y la enfermedad son una misma cosa.

Antes de pasar adelante será bueno notar aquí, en confirmacion de cuanto vamos diciendo, dos cosas dignas de memoria: la primera, que el Señor, antes de poner sus hombros al grave peso de los delitos del mundo, estuvo exento de toda enfermedad (1), y aun de todo achaque, porque estaba exento de pecado; la segunda, que cuando puso en su cabeza los pecados de todas las gentes, aceptando voluntariamente los efectos así como aceptaba las causas, y las consecuencias así como aceptaba los principios, aceptó el dolor, mirando en él al compañero inseparable del pecado; y sudó sangre en el Huerto, y sintió dolor con la bofetada en el Pretorio, y desfalleció con el peso de la cruz, y padeció sed en el Calvario y una tremenda agonía en el afrentoso madero, y vió venir la muerte con pavor, y gimió honda y dolorosamente al enviar su espíritu á su santísimo Padre.

Por lo que hace á aquella admirable consonancia de que hablamos entre los desórdenes del mundo moral y los del físico, el género humano la proclama á una voz sin comprenderla, como si un poder sobrenatural é invencible le obligara á dar testimonio al gran misterio: la voz de todas las tradi-

(1) «Salvo las muestras generales de pasibilidad que Nuestro Señor quiso dar en algunas ocasiones» dice aquí entre paréntesis la traduccion italiana.

ciones, todas las voces populares, todos los vagos rumores esparcidos por los vientos, todos los ecos del mundo, nos hablan misteriosamente de un gran desórden físico y moral acaecido en los tiempos anteriores al crepúsculo de la historia y aun al crepúsculo de la fábula, á consecuencia de una culpa primitiva, cuya grandeza fué tanta, que ni puede ser comprendida por entendimiento, ni expresada con vocablos. Aun hoy dia es, y si por ventura se desordenan los elementos, y hay mudanzas extrañas en las esferas celestes, y vienen sobre las naciones grandes castigos de discordias, de pestilencias, de hambres; si las estaciones alteran el curso sosegado de su armónica rotacion, y se confunden y traban entre sí una á manera de batalla; si el suelo viene á padecer sacudidas y temblores; y si los vientos, libres de las riendas que refrenan sus ímpetus, se tornan huracanes, luego al punto se levanta de las entrañas de los pueblos, guardadoras de la tremenda tradicion, una voz pertinaz y temerosa, que busca la causa de la insólita perturbacion en un delito poderoso para enojar á Dios y para atraer sobre la tierra las maldiciones del cielo.

Que esos *vagos rumores* (1) son á las veces infundados, y que suelen ser hijos de la ignorancia de las leyes que presiden al curso de los fenómenos naturales, es una cosa evidente; pero no es ménos evidente á nuestros ojos que el error (2) está solamente en la aplicacion y no en la idea, en la consecuencia y no en el principio, en la práctica y no en

(1) Muy acertadamente usa aquí el autor la expresion de *vagos rumores*, restringiendo de esta manera en un sentido conveniente la consideracion de que puedan á veces ser infundados los rumores, y que procedan de ignorar el curso de los fenómenos naturales: pues por lo demás, esta voz de los pueblos, que busca la razon del mal físico en el mal moral, aunque alguna vez pueda ser vaga é infundada, está siempre de acuerdo con la enseñanza divina y con la razon natural.

(2) Cuando lo haya.

la teórica. La tradicion queda en pié dando perpétuo testimonio á la verdad, á pesar de todas sus falsas aplicaciones. Las muchedumbres pueden errar, y yerran frecuentemente, cuando afirman que tal pecado es causa de tal desórden; pero ni yerran ni pueden errar cuando aseguran que el desórden es hijo del pecado: y cabalmente porque la tradicion, considerada en su generalidad, es la manifestacion y la forma visible de una verdad absoluta, es por lo que es una cosa difícil ó casi de todo punto imposible sacar á los pueblos de los errores concretos que cometen en sus aplicaciones especiales. Lo que la tradicion tiene de verdadero, da consistencia á lo que la aplicacion tiene de falso; y el error concreto vive y crece debajo del amparo de la verdad absoluta.

Ni carece la historia de ejemplos insignes que vienen en apoyo de esta tradicion universal que ha ido trasmitiéndose de padres á hijos, de familia á familia, de raza á raza, de pueblo á pueblo y de region á region, por todo el linaje humano, hasta los remates de la tierra; porque siempre que los delitos han subido sobre cierto nivel y han llenado cierta medida, luego al punto han venido sobre las gentes catástrofes tremendas, y sobre el mundo ásperos vaivenes y rudos sacudimientos. Sucedió primero aquella universal perversion de que nos hablan las santas escrituras, cuando, juntos en una misma apostasía y en un mismo olvido de Dios todos los hombres en la época antediluviana, vivieron sin otro Dios y sin otra ley que sus criminales antojos y sus frenéticas pasiones; y entonces, llenas ya las copas de las iras divinas, vino sobre la tierra aquel gran conflicto y aquella portentosa inundacion de las aguas que todo lo arrastró en el universal estrago y en la comun ruina, y que igualó los montes con los valles. Llegados despues los tiempos á la mitad de su carrera, sucedió que vino al mundo, en cumplimiento de las antiguas promesas y de las antiguas profecías, el Deseado de las naciones: fué la época de su venida nombrada entre to-

das por la perversidad y malicia de los hombres y por la corrupcion universal de las costumbres. Añadióse á esto que en un día de triste y de llorosa memoria, el más lloroso y el más triste de cuantos iban corridos desde la creacion, un pueblo ciego é insensato, como si estuviera tomado del vino, se levantó, descompuesto su rostro con el frenesí de la cólera, tomó á su Dios con su mano y le hizo asunto de sus ludibrios, y acumuló sobre él todas sus afrentas, y cargó sus mansísimos hombros con todas las ignominias; y le puso en lo alto, y le dió muerte de cruz en medio de dos ladrones. Entónces tambien se vió rebosar la copa de los divinos enojos, y el sol retrajo sus rayos, y el velo del templo dió un temeroso crujido, y se abrieron grietas en las rocas, y la tierra toda padeció desmayos y temblores.

Otros y otros ejemplos pudieran traerse aquí en confirmacion de las misteriosas armonías que se observan entre las perturbaciones físicas y las morales, y en abono de la universal tradicion que en todas partes las consigna y las proclama; pero la sobriedad que nos hemos propuesto, por una parte, y por otra, la grandeza de los que dejamos consignados, nos inclina á dar por terminado este asunto.

## CAPITULO VI.

DE LA PREVARICACION ANGÉLICA Y LA HUMANA GRANDEZA Y ENORMIDAD DEL PECADO.

Hasta aquí he expuesto la teoría católica acerca del mal, hijo del pecado, y acerca del pecado, que nos vino de la libertad humana, la cual se mueve anchamente en sus limitadas esferas, á la vista y con el consentimiento de aquel soberano Señor que, haciéndolo todo con peso, número y medida, dispuso las cosas con un consejo tan alto, que ni su providencia oprimiese el libre albedrío del hombre, ni los estragos de este libre albedrío, siendo grandes y portentosos como son, lo fueran con menoscabo de su gloria. Antes, empero, de pasar adelante, me ha parecido cosa digna de la majestad de este asunto, hacer aquí una relacion seguida de aquella prodigiosa tragedia que comenzó en el cielo y acabó en el paraiso, dejando á un lado los reparos y las objeciones que quedaron desvanecidas en otro lugar, y que de ninguna otra cosa servirían sino de oscurecer la belleza, á un mismo tiempo sencilla é imponente, de esta lamentable historia. Antes vimos de qué manera la teoría católica se aventaja á las demás por la altísima conveniencia de todas